

oración, Josemaría se veía obligado a tomar por escrito un pensamiento, una sugerencia apostólica, una indicación venida del Cielo. Eran notas íntimas, muchas, sin duda, verdaderas inspiraciones divinas (cfr. AVP, I, p. 247). “Las muchas inspiraciones divinas eran como chispas luminosas que ponían el alma de don Josemaría en estado de alerta para la acción. Tras ellas venía el impulso de más gracias; eficaces, abundantes, plenas. El sacerdote sentía palpablemente que su energía para la acción resultaba inagotable... A ese flujo de gracias, que reforzaban sus facultades de manera tan notoria y tangible, dio en llamarlas *operativas*. Y es que se adueñaban tan enteramente de su voluntad que, frente a lo ordinario –nos dice don Josemaría–, *casi no tenía que hacer esfuerzo*” (AVP, I, p. 249).

San Josemaría continuaba anotando en sus cuadernos luces del Señor, ideas que le venían en sus ratos de oración o en el trabajo. Como escribe Andrés Vázquez de Prada, san Josemaría, “pasmado por las luces que recibía su alma y los panoramas apostólicos que se extendían ante su mirada, respondía prontamente al Señor: – *aquí estoy, porque me has llamado*. Ya lo venía haciendo desde 1918, pero ahora ese *ecce ego quia vocasti me!* tenía especial resonancia. Era una forma nueva de decir al Señor que se hallaba a su entera disposición” (AVP, I, p. 288). Entreveía un designio divino en el que debería participar, pero sin saber en qué consistiría ni cuál debería ser su participación. De ahí, la intensidad de su oración.

Llegó el 2 de octubre de 1928 y san Josemaría descubrió la gran llamada de Dios –la fundación del Opus Dei–, cuyos barruntos habían comenzado con la mirada a aquellas huellas de unos pies descalzos sobre la nieve, en Logroño, a finales de 1917 o principios de 1918.

Voces relacionadas: Escrivá Corzán, José; Fundación del Opus Dei; Logroño; Vocación.

Bibliografía: AVP, I, pp. 65-121, 244-262; Peter BERGLAR, *Opus Dei. Vida y obra del fundador Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 1988; Salvador BERNAL, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1980⁶; Javier ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría Escrivá. Entrevista con Salvador Bernal*, Madrid, Rialp, 2000; Jaime TOLDRA PARÉS, *Josemaría Escrivá en Logroño (1915-1925)*, Madrid, Rialp, 2007.

Joaquín ALONSO

VOLUNTAD DE DIOS

1. Santidad y voluntad de Dios. 2. La paternidad de Dios. 3. Abandono y libertad.
4. Voluntad de Dios y Cruz. 5. Santidad en la vida ordinaria.

La voluntad de Dios puede ser considerada desde muy diversas perspectivas: filosóficas, dogmáticas, espirituales. Esta última nos sitúa ante el ser humano en cuanto que interpelado por Dios, que lo distingue como persona, le hace objeto de su amor y le llama a corresponder a ese amor, a hacer suyo el amor divino amando lo que Dios ama y como Dios lo ama. En otras palabras, a tener como meta de su vida el cumplimiento de la voluntad de Dios hasta acabar siendo una sola cosa con Él.

La voluntad de Dios hace referencia a su designio universal de salvación, encaminado a atraer a todos los hombres a la comunión con Él. Como afirma san Pablo en un texto muy citado por san Josemaría, “ésta es la voluntad de Dios: vuestra santificación” (1 Ts 4, 3). La meta de la existencia cristiana y el fin de la vocación cristiana es la participación en la santidad divina, en la vida de la Trinidad. Y esta unión presupone que la voluntad de la persona creada se una a la voluntad de Dios por el Amor, y quiera todo lo que Dios quiere. Unido a la tradición espiritual, san Josemaría conecta el tema del cumplimiento de la voluntad de Dios con la búsqueda de la santidad y

de la perfección, a través de la obediencia, por amor, y del abandono confiado en las manos de nuestro Padre Dios.

1. Santidad y voluntad de Dios

Las palabras de Cristo, –“mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado” (Jn 4, 34)–, señalan el mandato que el cristiano debe seguir en su vida. A ese mandato procuró ajustarse san Josemaría. Como afirma Mons. Álvaro del Portillo, “para comprender el carácter de nuestro Fundador es preciso tener presente una cualidad fundamental, que penetra todas las demás: la entrega a Dios y a las almas por Él; la disponibilidad para corresponder generosamente a la Voluntad del Señor. Éste fue el norte de toda su vida” (DEL PORTILLO, 1993, p. 46). También se fija en esto el entonces cardenal Ratzinger, en la Misa de acción de gracias por la beatificación del fundador del Opus Dei (19-V-1992): “El hombre empieza a ver verdaderamente, cuando aprende a ver a Dios. Y comienza a ver a Dios, cuando ve su voluntad y está dispuesto a hacerla suya. El deseo de ver la voluntad de Dios y de identificar la propia voluntad con la suya fue siempre el verdadero móvil de la vida de Escrivá”.

Así lo marcan distintos acontecimientos biográficos desde los *barruntos* del querer de Dios en 1918, cuando decide hacerse sacerdote para estar mejor dispuesto a realizar esa voluntad de Dios que no conocía del todo (cfr. el estudio teológico sobre esa decisión en ARANDA, 2000, pp. 111-152), y que se manifestó en 1928, en la luz fundacional del Opus Dei, para la que se disponía con esta oración: “*Domine, ut videam!, Domine, ut sit!*” (¡Señor, que vea lo que quieres! y ¡que sea, que se cumpla, eso que Tú quieres!). Después, cuando la Obra empezó a desarrollarse, dirigió toda su vida y todo su empeño para cumplir lo que entendía que era la voluntad divina, como expresa en un párrafo de la *Instrucción acerca del espíritu sobrenatural de la Obra*, en el que formula tres consi-

deraciones dirigidas a los fieles del Opus Dei, que son también trasunto de su propia actitud: “1) *La Obra de Dios viene a cumplir la Voluntad de Dios*. Por tanto, tened una profunda convicción de que el cielo está empeñado en que se realice. 2) Cuando Dios Nuestro Señor proyecta alguna obra en favor de los hombres, piensa primeramente en las personas que ha de utilizar como instrumentos... y les *comunica las gracias convenientes*. 3) Esa convicción sobrenatural de la divinidad de la empresa acabará por daros un *entusiasmo y amor tan intenso por la Obra*, que os sentiréis *dichosísimos sacrificándoos para que se realice*” (AVP, I, p. 576).

De hecho, afirmaba en diversos pasajes de sus *Apuntes íntimos*, que luego trasladó a escritos publicados, que le gustaría definirse como “el que ama la voluntad de Dios”. Así lo recoge en *Forja*, 422: “Habrás pensado alguna vez, con santa envidia, en el Apóstol adolescente, Juan, *quem diligebat Iesus* –al que amaba Jesús. –¿No te gustaría merecer que te llamaran el que ama la Voluntad de Dios? Pon los medios, día a día”.

2. La paternidad de Dios

¿Cómo definir y estructurar la propia vida en función de la voluntad de otra persona, aunque sea Dios? Todo amor supone una donación a otra persona, y ese darse personal tiene mucho que ver con el querer lo que quiere la otra persona. Para algunos el amor consiste precisamente en querer y en no querer lo mismo que la persona amada (*idem velle, idem nolle*). Y esto se aplica, y más, en referencia a Dios, porque la voluntad divina coincide siempre con la verdad, el bien y la belleza, no sólo de nosotros mismos sino de todo el universo. Mientras que los seres humanos podemos querer algo malo o no adecuado, por un interés personal –frente al bien común–, por nuestra limitación o por influencia del pecado, en Dios esto no sucede.

Dios es el Creador que conoce y quiere todas las cosas, también a las personas, según su propia verdad y bien. Además es Todopoderoso y Señor de la Historia. Nada hay que se escape a su voluntad y su poder, a su providencia. También es Redentor, es decir, nos ha salvado del pecado para conducirnos a la felicidad de vivir su vida íntima de Amor. “Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1 Tm 2, 4).

Todas estas verdades teológicas se unen además a la convicción más profunda de san Josemaría: Dios es Padre, Dios es “mi Padre-Dios”. Nada de cuanto acontece en nuestra vida escapa a la vista de Dios. Dios quiere o permite los sucesos para hacernos crecer en la madurez de hijos suyos, en la madurez de la fe, esperanza y caridad cristianas. Y en esas realidades de fe podemos apoyarnos, como declara en *Forja*, 40: “Así concluía su oración aquel amigo nuestro: amo la Voluntad de mi Dios: por eso, en completo abandono, que Él me lleve como y por donde quiera”. Si esto es así, debemos tener el convencimiento –sobrenatural– ante todo lo que suceda, de que “todo es para bien”, en latín *omnia in bonum*. Es el resumen que hace del texto de san Pablo: “todas las cosas cooperan para el bien de los que aman a Dios” (Rm 8, 28).

Dice en *Camino*, 268: “Acostúmbrate a elevar tu corazón a Dios, en acción de gracias, muchas veces al día. –Porque te da esto y lo otro. –Porque te han despreciado. –Porque no tienes lo que necesitas o porque lo tienes. Porque hizo tan hermosa a su Madre, que es también Madre tuya. –Porque creó el Sol y la Luna y aquel animal y aquella otra planta. –Porque hizo a aquel hombre elocuente y a ti te hizo premioso... Dale gracias por todo, porque todo es bueno”. En el texto de sus *Apuntes íntimos* que dio origen a ese punto de *Camino*, la anotación empieza diciendo: “Niño: acostúmbrate...” (CECH, p. 450). El contexto vital en el que san Josemaría

lo escribe es pues de vida de infancia, de fe, de amor. El autor está lleno de admiración y de agradecimiento ante la bondad de Dios, que se manifiesta en el plan de la creación y redención y también, aunque a veces de forma paradójica, en la historia personal del hombre. En la secuencia de ideas y de experiencias del autor, es el sentido de la filiación divina el que provoca esa continua acción de gracias, ese “dar gracias por todo”, sabiendo que, en cuanto que viene acompañado por el amor de Dios, todo es bueno. Y precisamente “el todo es bueno” implica la total aceptación del concreto querer divino, sea cual sea la situación personal. La expresión es, por lo demás, como un eco de la palabra pronunciada por Dios mirando a la creación (Gn 1, 31) y del “*omnia cooperantur in bonum*” de Rm 8, 28, al que san Josemaría recurre con frecuencia. Así lo hacía ya en los años cuarenta en la predicación de unos ejercicios espirituales en Vitoria: “Los sucesos que nos acaecen son mensajeros de Dios. ¿Azar? ¡Providencia! Dios-Padre. Todo es bueno. Scimus autem quoniam diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum (Rm 8, 28)” (CECH, p. 442).

Como puede advertirse, san Josemaría pasa con naturalidad de la bondad ontológica de la creación –fruto del acto creador de Dios: todo es bueno–, a la misteriosa bondad de la Historia –fruto de la acción redentora de Cristo: todo es *para bien*–, y todo le lleva a la aceptación de la voluntad divina y a la acción de gracias. Porque la presencia paterna de Dios envuelve enteramente nuestra vida: “Parece que el mundo se te viene encima. A tu alrededor no se vislumbra una salida. Imposible, esta vez, superar las dificultades. Pero, ¿me has vuelto a olvidar que Dios es tu Padre?: omnipotente, infinitamente sabio, misericordioso. Él no puede enviarte nada malo. Eso que te preocupa, te conviene, aunque los ojos tuyos de carne estén ahora ciegos. *Omnia in bonum!* ¡Señor, que otra vez y siempre se cumpla tu santísima Voluntad!” (VC, IX Estación).

3. Abandono y libertad

La consecuencia lógica de esta convicción es la actitud cristiana de un abandono total en las manos de Dios, que llena de una seguridad y de una paz que son fruto de la confianza plena en Dios: “El abandono en la Voluntad de Dios es el secreto para ser feliz en la tierra. –Di, pues: «meus cibus est, ut faciam voluntatem ejus» –mi alimento es hacer su Voluntad” (C, 766).

Conviene subrayar que esta actitud de abandono supone un ejercicio maduro y responsable de la libertad personal. Sólo es posible si la persona decide libremente, a partir del convencimiento de su inteligencia y de la fortaleza de su voluntad. Por eso, afirma san Josemaría: “Hombre libre, sujétate a voluntaria servidumbre para que Jesús no tenga que decir por ti aquello que cuentan que dijo por otros a la Madre Teresa: «Teresa, yo quise... Pero los hombres no han querido»” (C, 761). Ahí se plantea de manera insoslayable la cuestión de la libertad del hombre a la hora de la entrega a Dios. El hombre tiene que querer libremente, como aparece con toda su fuerza en el punto siguiente: “Acto de identificación con la Voluntad de Dios: ¿Lo quieres, Señor?... ¡Yo también lo quiero!” (C, 762).

Prueba de esta necesidad de la libertad y de la madurez humana es el itinerario de crecimiento que san Josemaría ve en el abandono. Existen como cuatro escalones en la lucha por hacer la voluntad de Dios: resignarse, aceptar, querer y amar (cfr. C, 757; SR, Cuarto Misterio Doloroso).

Podemos observar el juego de palabras, especialmente entre *querer* y *amar*, que lleva a la progresiva identificación con la voluntad de Dios. En la tradición espiritual sobre el cumplimiento de la voluntad de Dios es conocida la distinción entre una conformidad con la voluntad de Dios, meramente externa, y por tanto imperfecta; interna, que nace del interior del corazón; y esencial, cuando la persona forma una sola cosa con el querer divino. San Josemaría plantea el ideal de esa adhesión total de la

persona a Dios que consiste en el “amar” la voluntad de Dios. Por ejemplo, en *Camino*, 773: “Jesús, lo que tú «quieras»... yo lo amo”. Y más netamente en *Camino*, 774: “Escalones: Resignarse con la Voluntad de Dios: Conformarse con la Voluntad de Dios: Querer la Voluntad de Dios: Amar la Voluntad de Dios” (sobre el contexto histórico de ese punto, cfr. CECH, pp. 878-879).

La lucha por conseguir el abandono, el camino creciente de resignación-conformidad-querer-amar, sólo es posible en una personalidad libre y madura, con una voluntad firme. Tal y como marca el seguimiento de Cristo, que da su vida por los hombres. “La vida de infancia espiritual no es mehez espiritual, ni «blandenguería»: es camino cuerdo y recio que, por su difícil facilidad, el alma ha de comenzar y seguir llevada de la mano de Dios” (C, 855). “La infancia espiritual exige la sumisión del entendimiento, más difícil que la sumisión de la voluntad. –Para sujetar el entendimiento se precisa, además de la gracia de Dios, un continuo ejercicio de la voluntad, que niega, como niega a la carne, una y otra vez y siempre, dándose, por consecuencia, la paradoja de que quien sigue el «Caminito de infancia», para hacerse niño, necesita robustecer y virilizar su voluntad” (C, 856).

4. Voluntad de Dios y Cruz

El abandono implica siempre aceptar la Cruz. La afirmación es neta. Dice san Josemaría en *Camino*, 758: “La aceptación rendida de la Voluntad de Dios trae necesariamente el gozo y la paz: la felicidad en la Cruz. –Entonces se ve que el yugo de Cristo es suave y que su carga no es pesada”. Esta “felicidad en la Cruz”, que pertenece al acervo común de la Iglesia (“muchas veces los Santos han vivido *algo semejante a la experiencia de Jesús en la Cruz* en la paradójica confluencia de felicidad y dolor”: NMI, 27), está muy presente en san Josemaría (cfr. MATEO-SECO, 1992, pp. 419-438).

En *Camino*, 775 la formulación es extremadamente explícita: “Señor, si es tu Voluntad, haz de mi pobre carne un Crucifijo” (CECH, p. 879). El tema reaparece en las notas de sus ejercicios espirituales en Segovia de ese año: “Nuestro Señor Jesús lo quiere: es preciso seguirle de cerca. No hay otro camino. Esa es toda la obra del Espíritu Santo en cada alma –en la mía–: seré dócil, para no poner obstáculos a mi Dios, hasta que haga de mi pobre carne un Crucifijo” (*ibidem*). Nótese que el tomar la Cruz está unido al seguimiento de Cristo, a la “cristificación”, y se lleva a efecto por la obra del Espíritu Santo en el alma.

Aquí nos encontramos con otra paradoja: la relación entre felicidad y cruz. El abandono que llena de alegría y de paz se manifiesta en plenitud cuando se acepta la voluntad de Dios, también cuando permite el dolor. San Josemaría reflexiona y medita sobre la relación entre la providencia paternal de Dios y la cruz. Dios no quiere el pecado ni tampoco el mal o los sufrimientos de los seres creados, sus hijos: quiere su bien y atraerlos a su amor. Dios, que permite el dolor, se implica Él mismo en el dolor humano en Jesucristo, que se entrega en la Cruz, que es para el cristiano signo claro del amor de Dios y de la redención. La cruz, el dolor y sufrimiento humanos, son asumidos por la Cruz de Cristo (que san Josemaría gustaba de escribir con mayúscula) y tienen así valor de redención. “Al que no cometió pecado, le hizo pecado por nosotros” (2 Co 5, 21); en el Crucificado se aúnan los sufrimientos, los dolores y las enfermedades de todos los hombres. Y en esa Cruz se hace presente la Trinidad entera: Cristo, Verbo de Dios encarnado que asume la condición sufriente del ser humano; el Padre, que tanto amó al mundo que entregó a su Hijo a la muerte redentora, y el Espíritu Santo, que es fruto de la Cruz. Dios conoce el sufrimiento y el dolor de la vida de cada persona humana y la hace suya en la Cruz para acompañarnos, mostrándonos su divinidad con su amor infinito y haciendo así que nuestro dolor,

si lo vivimos unidos a Cristo, se transforme también en Cruz redentora.

La lucha por identificarse con la voluntad de Dios necesita de una rectificación constante de la voluntad y de una oración continua. En este sentido, nos encontramos en muchos escritos de san Josemaría con una fórmula de aceptación de la voluntad de Dios que recitaba con frecuencia. Aparece recogida en *Camino*, 691: “¿Estás sufriendo una gran tribulación? –¿Tienes contradicciones? Di, muy despacio, como paladeándola, esta oración recia y viril: «Hágase, cúmplase, sea alabada y eternamente ensalzada la justísima y amabilísima Voluntad de Dios, sobre todas las cosas. –Amén. –Amén.» Yo te aseguro que alcanzarás la paz” (C, 691).

El sufrimiento, y en ocasiones la queja ante situaciones dolorosas, los afrontó siempre desde la consideración de Jesús –especialmente en su oración en Getsemaní– y de la presencia de Dios Padre (cfr. C, 213, 718; VC, I Estación). Y, al mismo tiempo, advirtió cómo la particular relación entre la felicidad y la cruz deriva precisamente del hecho de que es Jesús quien lleva la cruz siempre (y su yugo es suave y su carga ligera), y Dios-Padre está a su lado (cfr. F, 770; VC, II Estación; F, 240).

5. Santidad en la vida ordinaria

San Josemaría entiende que Dios tiene un plan específico para cada persona. Dios no se olvida de nadie y hay una voluntad de Dios para cada hombre que cada uno debe esforzarse por conocer y amar. La conciencia de san Josemaría de ser llamado por Dios para realizar una misión, la fundación del Opus Dei, y el mensaje que esta institución está llamada a desempeñar en la Iglesia, le orientaron a proclamar la vocación personal de cada cristiano, que escucha de Dios el “Tú eres mío” (Is 43, 1) y que debe responder como Cristo –“He aquí que vengo para hacer tu voluntad” (Hb 10, 9)–, sabiendo además que amar la voluntad de Dios es servir a la

Iglesia, como la Iglesia quiere ser servida, cada uno desde su sitio. Así lo dice en *Forja*, 823: “El amor a Dios nos invita a llevar a pulso la Cruz..., a sentir sobre nuestros hombros el peso de la humanidad entera, y a cumplir, en las circunstancias propias del estado y del trabajo de cada uno, los designios –claros y amorosos a la vez– de la Voluntad del Padre”.

Pero, ¿cómo conocer la voluntad de Dios en concreto para mí y día a día? Para descubrir la voluntad de Dios se precisa de la oración personal (cfr. S, 481). Y también de la dirección espiritual, de la formación, siempre con la decisión de ser dóciles a la múltiple acción del Espíritu Santo.

La decisión de amar la voluntad de Dios en todo lleva a la resolución de vivir, en la práctica, en actitud de búsqueda y escucha constante de los requerimientos divinos. Así se desprende de *Camino*, 772: “Pregúntate muchas veces al día: ¿hago en este momento lo que debo hacer?” (cfr. C, 776, 778; F, 82).

Para san Josemaría todas las circunstancias de la vida cotidiana, también los sufrimientos, se convierten en ocasiones de las que Dios se sirve para tallar nuestra personalidad. El sufrimiento es inevitable, pero el cristiano se realiza también en medio del dolor (cfr. C, 756). Otro punto de *Camino*

puede servirnos como colofón porque resume el tono y el espíritu de la enseñanza de san Josemaría sobre la entrega confiada a la voluntad divina: “Un razonamiento que lleva a la paz y que el Espíritu Santo da hecho a los que quieren la Voluntad de Dios: «Dominus regit me, et nihil mihi deerit» –el Señor me gobierna, nada me faltará. ¿Qué puede inquietar a un alma que repita de verdad esas palabras?” (C, 760)

Voces relacionadas: Abandono; Alegría; Conciencia; Cruz; Fidelidad; Moral cristiana; Obediencia; Servicio, Espíritu de.

Bibliografía: CECH, pp. 445-461, 863-881; Antonio ARANDA, “*El bullir de la Sangre de Cristo*”. *Estudio sobre el cristocentrismo del Beato Josemaría Escrivá*, Madrid, Rialp, 2000; F. M. CATHERINET, “Conformité a la volonté de Dieu”, en *DSP*, II, cols. 1441-1469; Javier ECHEVARRÍA, “El que ama la voluntad de Dios”, en *Memoria del Beato Josemaría Escrivá. Entrevista con Salvador Bernal*, Madrid, Rialp, 2002, pp. 43-60; José Luis ILLANES, *Tratado de Teología Espiritual*, Pamplona, EUNSA, 2007; Lucas Francisco MATEO-SECO, “Sapientia Crucis. El misterio de la Cruz en los escritos de Josemaría Escrivá de Balaguer”, *ScrTh*, 24 (1992), pp. 419-438; Álvaro DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1993.

Pablo MARTI DEL MORAL

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.